

Lección 5
(25 al 31 de julio de 2020)

Testificar con el poder del Espíritu

*César Luis Pagani*¹

La Gran Comisión de Cristo abarca al mundo, y cada creyente nacido en el Reino de Dios debe ser un poderoso testigo del amor y de la salvación en Jesucristo. Naturalmente, el miembro de la iglesia, sea apenas alfabetizado, graduado o erudito, está originalmente llamado a la megatarea de ganar personas mediante un proyecto divino que ha sido llamado “locura de la predicación”. Pero cada individuo tiene que pasar antes por la oficina de Cristo, para recibir nuevo equipamiento, nuevos accesorios, nuevos elementos internos.

Pablo exhortó a los creyentes con respecto a su llamamiento: “Considerad, pues, hermanos, vuestra vocación y ved que no hay muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que lo necio del mundo escogió Dios para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es” (1 Corintios 1:26-28).²

Capacitación para la testificación

Hay un poder muy especial disponible para habilitar a cada siervo de Dios, el cual fue prometido poco antes de su ascensión rumbo al Santuario celestial. Dijo Jesús: “Ciertamente, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén hasta que seáis investidos de poder desde lo alto” (Lucas 24:49).

Los seguidores de Cristo no deberían lanzarse a la misión no sin antes ser habilitados para ella. Encontrarán en su campo de trabajo un terreno árido, difícil, ocupado por ejércitos hostiles, pues “el mundo entero está bajo el maligno” (1 Juan 5:19). Las huestes lideradas por Satanás, el príncipe de este mundo, están listas a rechazar

¹ Periodista, escritor y traductor. Trabajó en la Casa Publicadora Brasileira durante once años, en el departamento de Arte y luego como editor de varias publicaciones periódicas. Tradujo varios libros del Espíritu de Profecía al portugués. Actualmente es miembro de la Iglesia Central Paulistana, en San Pablo, Brasil.

² En general, las citas bíblicas en este comentario están tomadas de la versión Reina-Valera, revisión de 1995.

con furor demoníaco la invasión a sus dominios de parte de los escuadrones del Señor.

Entonces, una condición *sine qua non* es que los testigos de Cristo serían primero enseñados por el Espíritu antes de salir a la obra. La tercera Persona de la Divinidad les enseñaría todas las cosas y los haría recordar todo cuanto Jesús hubiera dicho (Juan 14:26). Esta fue la primera etapa de este otorgamiento, la cual precedería la habilitación para los campos misioneros. El Espíritu hablaría con ellos y en ellos, lo que garantizaría la paz y la confianza (Juan 14:27). Sería para ellos una compañía permanente hasta el fin de los siglos (Mateo 28:20).

El Espíritu es quien convence al mundo de pecado, de justicia y de juicio. Los creyentes sólo deben transmitirle al mundo los mensajes de Dios. Para penetrar las corazas defensivas del mundo, sólo logran el éxito los poderosos proyectiles del Espíritu Santo dirigidos contra las fortalezas del mal.

La primera evaluación hecha en relación a los avances del evangelio de Cristo puede verse en las palabras de Pablo a los colosenses, capítulo 1, versículo 23, donde comunica que la predicación del evangelio había abarcado todas las partes en las que había entrado, y eso en menos de cuarenta años. Evidentemente, él no quiso decir, en un sentido absoluto, que la Gran Comisión se había cumplido.

El cañón de la iglesia

Domingo Peixoto da Silva, pastor, periodista, docente y escritor adventista, escribió en su libro *Mil ilustrações Para Sermões*: “Supongamos que vemos un ejército delante de una gran fortaleza y nos dicen que sería derribado. No preguntaríamos en ese momento: ¿Cómo sería? Y nos mostrarían una gran bala de cañón. Y responderíamos: ‘Sí, pero no hay poder en esa bala. Es pesada, y si todos los hombres del ejército se arrojaran contra la fortaleza, apenas dejaría una débil impresión en la dura piedra’. Y se nos diría: ‘Observa el cañón’. Y diríamos: ‘Bien, pero no hay poder en el cañón, un niño podría subirse en él sin ningún peligro, un pájaro podría pararse sobre su boca con el mismo resultado. Es una máquina y nada más’. ‘Sí, pero usa pólvora’. ‘Claro, pero no hay poder en la pólvora sola, los niños pueden tomarla y los pájaros recogerla sin ningún resultado’. ‘Sí, pero con la pólvora impotente, y con esa bala sin poder, en un cañón también incapaz, una chispa alcanza para encender la pólvora, y sería suficiente para provocar la explosión que arroje la bala con una fuerza irresistible, haciendo caer la fortaleza”.

“Así sucede con toda la maquinaria de la iglesia actual: tenemos las herramientas para derribar las fortificaciones del enemigo. Sólo hace falta el fuego del Espíritu Santo”.

Apropiándose de la promesa

La promesa de Cristo de la unción del Espíritu no estaba restringida a un tiempo o un espacio. Continúa vigente hasta el fin de los tiempos. ¿Y cómo apropiarse de ella?

En primer lugar, hace falta oración: “Pedid, y se os dará” (Mateo 7:7). Debemos clamar con la plena seguridad de que el Padre Celestial está más que dispuesto a de-

ramar su Espíritu sobre el peticionante de lo que los padres están listos para ofrecer buenas dádivas a sus hijos. En segundo lugar, es necesario pedir sin dudar. La incredulidad bloquea el flujo celestial. Es necesario preparar también el terreno para la recepción. En el Pentecostés, los discípulos quitaron de sí mismos todo deseo de supremacía, todas las ambiciones mundanas, todas las rencillas y la desunión. Creyeron firmemente que Dios cumpliría su promesa.

Otro aspecto vital de la recepción del Espíritu Santo es cuidar de su templo, o sea, nuestro cuerpo. El Espíritu Santo no vendrá sobre quien sea descuidado con su salud física y mental.

Debemos también ser instrumentos dóciles en las manos del Señor. Muchos en la actualidad quieren controlar al Espíritu no ser controlados por Él. Como Simón, el mago, pretenden recibir el don, pero para usarlo como se les antoja. Finalmente, debemos reclamar la promesa con fe osada. Luchar con Dios hasta que “de lo alto” seamos “revestidos de poder”.

César Luis Pagani

Traducción: *Rolando Chuquimia*
RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©